
ACTO II.

El palacio de Westminster.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE KENT y SIR GUILLERMO DAVISON
se encuentran.

DAVISON.—¿Sois vos, milord de Kent? ¿Ya de vuelta del torneo, y terminada la fiesta?

KENT.—¿Cómo? ¿No habéis estado en ella?

DAVISON.—Mi cargo me lo veda.

KENT.—Habéis perdido el más bello espectáculo que puede inventar el buen gusto y ejecutar la dignidad y el noble acierto... Representábase el casto alcázar de la belleza, sitiada por los deseos... El lord Mariscal, el Juez Supremo, el Senescal y otros diez caballeros de la Reina la defendían, y los caballeros franceses la atacaban. Primeramente se presentó un heraldo, que, por medio de un madrigal, pidió la rendición del castillo, replicándole desde éste el Canciller. Después jugó la artillería, lanzando los cañones ramilletes de flores, y esencias preciosas y perfumes desde el campamento de los sitiadores; pero en vano, porque los asaltos fueron rechazados, y los deseos hubieron de retirarse.

DAVISON.—De mal agüero es esto, oh Conde, para el buen éxito de las bodas que se proyectan en Francia.

KENT.—Sí, sí; pero era una broma... Hablando con formalidad, creo que la fortaleza acabará por rendirse.

DAVISON.—¿Lo creéis así? Yo siempre lo contrario.

KENT.—Las condiciones más espinosas han sido ya expuestas y razonadas, aprobándolas Francia. Monsieur se contenta con practicar su culto en una capilla particular, y en público honrar y proteger la religión del Estado... ¡Si hubieseis sido testigo del júbilo del pueblo cuando se difundió esta nueva! Porque toda la nación estaba asediada por el miedo de que muriese la Reina sin dejar posteridad, y de sufrir de nuevo las cadenas del Papa, si la Estuardo le sucediera en el trono.

DAVISON.—Ese temor carece de fundamento... Cuando Isabel salga á celebrar su himeneo, María saldrá para ir al cadalso.

KENT.—¡La Reina viene!

ESCENA II.

LOS MISMOS; ISABEL, del brazo de LEICESTER; EL CONDE DE AUBESPINE, BELLIEVRE, EL CONDE DE SHREWSBURY, LORD BURLEIGH, y otros muchos señores ingleses y franceses.

ISABEL. (A Aubespine.)—Siento, oh Conde, que estos nobles caballeros, por galantería, hayan atravesado el mar para venir aquí, y carezcan en Londres de las fiestas suntuosas de la corte de San Germán. No puedo yo inventarlas tan espléndidas como las de la Reina Madre de Francia... Un pueblo bueno y satisfecho, que, en cuánto me

presento en público, acude presuroso á bendecirme alrededor de mi litera, es el único espectáculo, que puedo ofrecer con orgullo á los extranjeros. El brillo de las nobles señoras, que se ostenta en el Jardín de la Belleza de Catalina, me eclipsaría á mí misma y á mi oscuro mérito.

AUBESPINE.—La Corte de Westminster sólo muestra una señora á los extraños... pero en ella están reunidas todas las gracias de su sexo.

BELLIEVRE.—La Reina, Soberana de Inglaterra, nos permitirá que nos despedamos de ella, y que llevemos á Monsieur, nuestro señor, la nueva tan deseada por él, que ha de colmarlo de gozo. Su extremada impaciencia no le ha consentido quedarse en París; espera en Amiens á los mensajeros de su dicha, y hasta Calais llegan sus correos, para que el sí, pronunciado por vuestros reales labios, sea cuanto antes escuchado con éxtasis por sus oídos.

ISABEL.—Conde de Bellievre, no me instéis más. No es ahora ocasión, como ya os he dicho, de encender las alegres antorchas del himeneo. Un cielo oscuro pesa ahora sobre este país, y más me conviene vestirme de negro crespón que de trajes nupciales, porque una desgracia deplorabile amenaza á mi corazón y á mi casa.

BELLIEVRE.—Hacednos sólo una promesa, que se cumplirá en días más venturosos.

ISABEL.—Los Reyes son esclavos de su cargo, y no se atreven á obedecer sus sentimientos. Mi deseo era siempre morir célibe, y fundaba en él toda mi gloria, y en que se leyese en mi sepulcro este epitafio: «Aquí yace una Reina virgen.» Sin embargo, mis súbditos son de dictamen contrario, y se preocupan con afán del momento en que dejaré de existir... No basta que este país esté ahora floreciente; he de sacrificarme también á su dicha futura, y he de renunciar, por tanto, á mi libertad virginal, á mi bien más caro, por complacer á mi pueblo, y darme un dueño

contra mi voluntad. Pruébame así que sólo soy para él una mujer, cuando yo me proponía gobernarlo como un hombre y como un monarca. Sé perfectamente que no se sirve á Dios contrariando la naturaleza, y que son dignas de alabanza mis antecesoras por haber abierto los conventos, devolviendo á la realidad, para cumplir los deberes naturales, á millares de víctimas de una piedad mal entendida. Pero una Reina que no pasa su tiempo ociosa en inútil contemplación, que, sin quejarse ni cansarse, cumple los más penosos deberes, ha de estar exenta de la regla general de su sexo, en cuya virtud la mitad del humano linaje ha de someterse á la otra mitad.

AUBESPINE.—Habéis hecho brillar en el trono, oh Reina, todas las virtudes, y únicamente os resta dar á vuestro sexo, cuyo ornamento sois, eterno ejemplo de las que le son peculiares. Sin duda no hay hombre alguno, cuyos méritos sean suficientes para que le sacrificuéis vuestra libertad; pero cuando el nacimiento, el poder supremo, la virtud heroica y la viril belleza pueden hacer á un hombre digno de tal honor, entonces...

ISABEL.—No hay duda, Sr. Embajador, que me honra el casamiento con un hijo real de Francia. Si, lo confieso con franqueza. Si no puedo resistir las instancias de mis súbditos, y he de ceder á ellas, temiendo que han de ser más fuertes que mi voluntad, no conozco ningún Príncipe en toda Europa, á quien sacrificaría yo más satisfecha mi bien más precioso, que es mi libertad. Básteos esta confesión.

BELLEVRE.—Es una esperanza halagüeña; pero al fin sólo una esperanza, y mi señor desea algo más.

ISABEL.—¿Qué desea? (Saca una sortija de sus dedos, y la contempla pensativa.) ¿Ninguna ventaja ha de tener una Reina sobre otra mujer cualquiera? Un mismo signo expresa iguales deberes é igual servidumbre... Un anillo termina un himeneo, y anillos forman una cadena... Llevad este

don á S. A. No es el eslabón de una cadena para mí; pero puede serlo más adelante.

BELLEVRE. (Que se arrodilla y recibe el anillo.)—En su nombre, oh gran Reina, acepto yo de rodillas este obsequio, y en señal de homenaje deposito un beso en la mano de mi Princesa.

ISABEL. (Al Conde de Leicester, á quien ha mirado atentamente mientras antes hablaba.)—Permitid, milord. (Coge un cordón azul, y lo pone á Bellevre.) Imponed esta insignia en S. A., como yo hago con vos, al obligaros á los deberes de mi orden. *Homni soit qui mal y penset* Que toda sospecha desaparezca entre ambas naciones, y que un vínculo de amistad estreche en lo futuro las dos coronas de Francia y de Inglaterra.

AUBESPINE.—Este día, oh Reina soberana, es día de júbilo. ¡Séalo para todos, y no haya desdichado alguno en esta isla! La bondad brilla en vuestra mirada. ¡Oh! ¡Que un rayo de esa luz plácida llegue hasta la desventurada Princesa, que pertenece por igual á Francia y á Inglaterra!

ISABEL.—¡Basta, Conde! No confundamos dos asuntos completamente diversos. Si Francia desea con sinceridad mi alianza, ha de compartir también mis cuidados, y no ser amiga de mis enemigos.

AUBESPINE.—Indigna parecería Francia á los ojos de V. R. M., si olvidase á la desdichada, que profesa su misma religión, y es viuda de su Rey... Antes bien, el honor y la humanidad exigen...

ISABEL.—Ya sé cómo debo apreciar su intercesión en este sentido. Francia cumple un deber de amistad. A mí toca cumplir los míos de Reina. (Saluda á los señores franceses, que se retiran respetuosamente con los lores.)

ESCENA III.

ISABEL, LEICESTER, BURLEIGH, TALBOT.

(La Reina se sienta.)

BURLEIGH.—Hoy, oh Reina gloriosa, realizáis los votos más fervientes de vuestro pueblo. Ya ahora, por vez primera, nos llenan de júbilo los días de ventura, que nos concedéis, puesto que no contemplamos temblando lo porvenir, antes tan oscuro. Sólo un temor aflige ahora á este país; sólo hay una víctima, cuyo sacrificio pide. Hacedle asimismo esta gracia, y el día de hoy fijará para siempre la felicidad de Inglaterra.

ISABEL.—¿Qué más desea mi pueblo? Hablad, milord.

BURLEIGH.—¿Pide la cabeza de Maria Estuardo!... Ha de morir, si queréis afianzar para vuestros súbditos el don precioso de la libertad y la luz de la verdad, á tanta costa adquirida... Vuestra enemiga ha de sucumbir, si no hemos de temblar perpetuamente por vuestra importante vida... Sabéis que no todos los ingleses tienen las mismas creencias religiosas, y que el culto idólatra de Roma cuenta en nuestro país con muchos secretos sectarios. Todos ellos abrigan pensamientos hostiles á vuestro trono, suspiran por esa Estuardo, y están de acuerdo con sus hermanos de Lorena, enemigos irreconciliables de vuestro nombre. Este partido furioso ha jurado haceros una guerra de exterminio, empleando las pérfidas armas del infierno. En Reims, en el domicilio del Cardenal, es en donde se forjan los rayos de sus iras, y en donde se enseña el regicidio... de allí se envían emisarios celosos y fanáticos á la isia con toda suerte de disfraces... de allí ha venido ay et

tercer asesino, y ese antro vomitará perpetuamente nuevos y ocultos enemigos... Y en el castillo de Fotheringhay habita la que mueve esta guerra eterna, la que abrasa este reino con la antorcha del amor, la que, por las esperanzas lisonjeras, que hace á la juventud, la arrastra á una muerte cierta... Libertarla, es el pretexto, y el fin, colocarla en vuestro trono. Porque esa familia de Lorena no reconoce vuestros derechos sagrados, y sois para ella una usurpadora, coronada por la fortuna. Ellos son los que han inducido á esa loca á titularse Reina de Inglaterra. No hay paz posible con ella y con su raza. Debéis dar ó sufrir ese golpe; ¡vuestra vida es su muerte, su muerte es vuestra vida!

ISABEL.—Desempeñáis, milord, un triste cargo. Conozco la pureza de vuestro celo y la prudencia consumada que os inspira; pero detesto de todo corazón esa prudencia, que pide sangre. Meditad otro consejo mas humano... Noble lord de Shrewsbury, ¿qué opináis?

TALBOT.—Tributáis merecida alabanza al patriotismo, que anima al pecho fiel de Burleigh... Aunque mi elocuencia no sea igual á la suya, tampoco es menor mi celo. ¡Ojalá que viváis luengos años para hacer la ventura de vuestros súbditos, y perpetuarla en el reino! Jamás ha sido este pueblo tan dichoso, desde que sus reyes lo gobiernan. Pero yo no comprendo prosperidad á costa de su gloria, ó, por lo menos, que se cierren para siempre los ojos de Talbot antes que esto suceda.

ISABEL.—¿Librenos Dios de deslustrar nuestra gloria!

TALBOT.—Entonces es preciso inquirir otro medio para salvar el reino... porque el suplicio de Maria Estuardo es injusto. No podéis pronunciar una sentencia, no siendo ella vuestro súbdito.

ISABEL.—Así, mi Consejo de Estado y mi Parlamento están equivocados, y también todos los tribunales ingle-

ses, puesto que todos ellos, unánimes, me atribuyen ese derecho.

TALBOT.—La unanimidad de votos no es la prueba de la justicia, ni Inglaterra es el mundo, ni vuestro Parlamento la humanidad entera. La Inglaterra de hoy no es la de ayer, ni la de mañana... De la misma manera que la pasión muda, así suben ó bajan las olas instables del juicio. No digáis que debéis obedecer á la necesidad y á las instancias de vuestro pueblo. En cuanto lo ensayéis en cualquiera ocasión, os convenceréis de que vuestra voluntad es libre. ¡Intentadlo! Declarad que tenéis horror á la sangre, que queréis salvar la vida de vuestra hermana; indignaos formalmente contra quienes os han aconsejado lo contrario, y en el instante desaparecerá esa necesidad, y la justicia se trocará en el acto en injusticia. Vuestra Majestad ha de juzgar sólo á V. M. No es posible que os apoyéis en caña tan frágil. Seguid tan sólo las inspiraciones de vuestra natural bondad. Dios no ha hecho cruel el corazón de la mujer, sensible de suyo... y los fundadores de este reino, al permitir que las riendas del gobierno pudieran confiarse á una mujer, demostraron que el rigor en este país no debe ser la virtud de sus soberanos.

ISABEL.—El Conde de Shrewsbury es ardiente defensor de mi enemiga y de la de mi reino. Prefiero los consejeros adictos á mis intereses.

TALBOT.—Ningún defensor se le concede; nadie osa hablar en su favor, y afrontar vuestra cólera... Permitid, pues, á un anciano, ya al borde del sepulcro, que no se deje arrastrar por ninguna esperanza mundana, y defender á una mujer abandonada. No se diga que en vuestro Consejo de Estado sólo se ha oído la voz de la pasión y del interés personal, y que sólo la de la caridad ha estado muda. Todo se ha conjurado contra ella. Nunca habéis visto su rostro, y nada habla en vuestro corazón contra esa extran-

jera... Nada digo de sus faltas. Cuéntase que ha hecho asesinar á su esposo, y es verdad que se ha desposado con su asesino. Es un gran crimen... Pero esto ocurrió en una época triste y calamitosa, en medio de las inquietudes de una guerra civil, cuando ella, débil, se veía rodeada de vasallos exigentes, y se arrojó en los brazos del más fuerte. ¿Quién puede averiguar cuáles fueron los artificios de él para triunfar? La mujer es un sér flaco.

ISABEL.—La mujer no es un sér débil. Las hay fuertes en ese sexo... No consiento, que, en mi presencia, se hable de la debilidad de las mujeres.

TALBOT.—La desdicha ha sido para V. M. una escuela severa. La vida no se presentó en un principio á V. M. bajo su aspecto más lisonjero; veíais un trono á lo lejos, y á vuestros pies un sepulcro. En Woodstock, en la oscuridad de una prisión, fué en donde Dios, elemento protector de este país, os educó en la desgracia, para el cumplimiento de vuestros deberes. Allí no os buscaba ningún adulador. Temprano aprendisteis, lejos de los vanos ruidos del mundo, á recoger vuestro espíritu, á reflexionar, á apreciar los bienes verdaderos de la existencia... Dios no se cuida de salvar á esa infortunada. Llevada á Francia desde niña, vivió en una corte frívola, y entregada á frívolos placeres. Allí, en la embriaguez continua de sus fiestas, jamás oyó la voz severa de la verdad. Deslumbróla el esplendor del vicio, y fué arrastrada por el torrente del desorden. Tocóle en suerte el vano don de la belleza, eclipsando con ella á todas las demás mujeres, y superándolas en hermosura como en nacimiento...

ISABEL.—¡Reflexionad en lo que decís, milord Shrewsbury! Recordad que celebramos un consejo importante. Extraordinarios han de ser los encantos que inflaman de tal modo á un anciano. ¡Lord Leicester! ¿Sólo vos calláis? ¿Lo que á él hace hablar, os enmudece?

LEICESTER.—La sorpresa me obliga á enmudecer, oh Reina, cuando llegan á mis oídos los terrores que tales cuentos excitan en la credulidad del populacho de las calles de Londres, y que llegan hasta el centro tranquilo de vuestro Consejo, y preocupan seriamente á hombres graves. Me admira, yo lo confieso, que esta Reina de Escocia, sin reino, incapaz de conservar su insignificante trono, juguete de sus vasallos, y expulsada por ellos, os llene de horror desde su prisión... ¡Por Dios Todopoderoso! ¿Cuál es el motivo? ¿Acaso sus pretendidos títulos á la corona de Inglaterra? ¿Que los Guisas se oponen á reconocerlo? ¿Esta oposición de los Guisas puede debilitar el derecho, que os da vuestro nacimiento y que ha sancionado el país. ¿No ha sido excluida tácitamente por la última voluntad de Enrique? Inglaterra, tan feliz con la nueva religión, ¿se echará en los brazos de una papista? ¿Os abandonará, siendo su Reina adorada, por correr hacia la homicida de Darnley? ¿Qué se proponen esos hombres inquietos, que os atormentan en vida con la palabra de heredera, y que no pueden casaros con la prontitud deseada, para salvar del peligro á la Iglesia y al Estado? ¿No estáis aún en la fuerza de la juventud, mientras que ella se aproxima más á la tumba cada día? ¡Por el cielo! Espero que, durante muchos años, os pasearéis por su sepulcro, sin precipitaros en él, obligada por la necesidad...

BURLEIGH.—Lord Leicester no ha opinado siempre así...

LEICESTER.—Es verdad; yo he votado su muerte en el Tribunal... En el Consejo de Estado, mi lenguaje es diverso. Aquí no se trata de lo justo, sino de lo útil. ¿Es ahora ocasión de temer esos peligros, cuando la Francia, su único apoyo, la abandona? Cuando vais á dar vuestra mano al hijo de su Rey y hacerlo feliz, y cuando la esperanza de vuestra sucesión regocija de tal modo á este país, ¿qué mataría así? Ya está muerta; el menosprecio es la verda-

dera muerte. Guardaos de que la compasión la resucite. Mi opinión es, por tanto, que se deje en toda su fuerza la sentencia, que la condena á ser decapitada, y que viva... pero que viva bajo el hacha del verdugo, sufriendo aquel suplicio en cuanto un solo brazo se arme en su favor.

ISABEL. (Levantándose.)—He oído, oh milores, vuestros pareceres, y os doy gracias por vuestro celo. Con ayuda de Dios, que ilustra á los Reyes, examinaré las razones en que se apoyan, y elegiré lo mejor.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, y PAULET y MORTIMER.

ISABEL.—He aquí á Amias Paulet. Sir Paulet, ¿á qué vienes?

PAULET.—Mi sobrino, oh Reina gloriosa, regresa de sus largos viajes, se pone á vuestros pies, y os ofrece el homenaje de sus votos juveniles. Recibidlo con bondad, y que lo ilumine el sol de vuestra gracia.

MORTIMER. (Hincando una rodilla.)—¡Viva mi Reina luengos años, y sean la dicha y la gloria la aureola de su frente!

ISABEL.—¡Levantaos! Sed el bienvenido á Inglaterra, caballero. Habéis hecho largo viaje, visitado á Francia y Roma, y os habéis detenido en Reims. Decidme, ¿qué traen nuestros enemigos?

MORTIMER.—¿Que Dios los confunda, y vuelva contra sus pechos los dardos que lanzan contra mi Reina!

ISABEL.—¿Habéis visto á Morgán, y al intrigante Obispo de Ross?

MORTIMER.—He conocido á todos los escoceses desterrados, que en Reims urden planes contra esta isla. Me ha

insinuado en su confianza, con el propósito de descubrir sus proyectos.

PAULET.—Cartas misteriosas cifradas se le han dado para la Reina de Escocia, que leal nos entrega.

ISABEL.—¿Sabéis cuáles son sus últimos proyectos?

MORTIMER.—Como un rayo ha sido para ellos que Francia los abandone, y que concluya firme alianza con Inglaterra. Ahora vuelven sus ojos á España.

ISABEL.—Así me lo ha escrito Walsingham.

MORTIMER.—En el momento de dejar yo á Reims, llegé allí una bula de Sixto V, lanzada contra V. M. desde el Vaticano, que traerá á esta isla el primer buque que venga.

LEICESTER.—Inglaterra no teme tales armas.

BURLEIGH.—Serán temibles en manos de un fanático.

ISABEL. (Mirando á Mortimer con intención.)—Os culpan de haber frecuentado las escuelas de Reims, y haber atjurado vuestras creencias.

MORTIMER.—¿Lo he fingido así, no lo niego! ¡Tan grande era mi deseo de servir á V. M!

ISABEL. (A Paulet.)—¿Qué papel es ese?

PAULET.—Es un escrito que os dirige la Reina de Escocia.

BURLEIGH. (Intentando apoderarse de él con precipitación.)—Dadme esa carta.

PAULET. (Entregándola á la Reina.)—¡Perdonad, lord gran Tesorero! Me encargó que la entregase en la propia mano de la Reina. Siempre me dice que yo soy su enemigo, y lo soy sólo del vicio. Cuanto esté conforme con mi deber, lo hago por ella con la mejor voluntad del mundo. (La Reina ha tomado la carta; y mientras la lee, Leicester y Mortimer hablan en secreto algunas palabras.)

BURLEIGH. (A Paulet.)—¿Qué dirá esa carta? Vanas quejas, con las cuales se intenta conmovier el compasivo corazón de la Reina.

PAULET.—No me ha dicho lo que contiene. Pide una audiencia á la Reina.

BURLEIGH. (Con viveza.)—¡Nunca!

TALBOT.—¿Por qué no? No es injusto lo que pretende.

BURLEIGH.—La gracia de ver á la Reina no la merece de modo alguno, cuando ha excitado á otros á asesinarla, y está sedienta de su sangre. Quien quiera parecer leal á su soberana, no puede darle ese consejo falso y traidor.

TALBOT.—Si la Reina acuerda complacerla, ¿os opondréis á ese movimiento caritativo de su clemencia, dejando libre curso al rigor de la ley?

ISABEL.—Andad, milores. Nos encontraremos el medio de unir convenientemente las inspiraciones de la gracia con las exigencias de la necesidad. Ahora, retiraos. (Vanse los lores: llama á Mortimer al llegar á la puerta.) ¡Sir Mortimer, una palabra.

ESCENA V.

ISABEL y MORTIMER.

ISABEL. (Después de fijar en él algún tiempo su mirada penetrante.)—Habéis demostrado valor singular, y un raro dominio de vos mismo, siendo tan joven. Quien con tanta anticipación ha sabido practicar tan bien el arte del disimulo, adelantándose á vuestra edad, merece que se abrevien también sus pruebas... El destino os ofrece una carrera brillante; os lo profetizo, y está en mi mano, por dicha vuestra, realizarla.

MORTIMER.—Lo que puedo y lo que soy, Reina gloriosa, está á vuestro servicio.

ISABEL.—Habéis aprendido á conocer á los enemigos de

Inglaterra. Su odio contra mí es implacable, é incesante su inventiva en fraguar planes sangrientos. Hasta hoy, á la verdad, me ha protegido el Todopoderoso; pero mi corona vacilará en mi cabeza, mientras viva la que sirve de pretexto á su celo fanático, y dé aliento á sus esperanzas.

MORTIMER.—Dejará de vivir en cuanto V. M. lo ordene.

ISABEL.—¡Ay de mí, caballero! Imaginaba haber llegado al término, y me encuentro ahora al principio de mi carrera. Yo quería dejar obrar las leyes, y conservar mis manos puras de sangre. La sentencia se ha pronunciado. ¿Qué gano yo? ¡Hay que cumplirla, Mortimer! Yo debo decretar su ejecución. Su odiosidad ha de recaer sobre mí. Debo aprobarla, y no me es dable salvar las apariencias. ¡Esto es lo peor!

MORTIMER.—¿Qué importa á V. M. la desnuda apariencia en una causa justa?

ISABEL.—No conocéis el mundo, caballero. Se juzga de lo real por lo aparente, y nadie se cuida de lo primero. A ninguno convido de mis derechos. De aquí mi afán de que la participación, que yo tenga en su muerte, se quede siempre en una eterna duda. En hechos de aspecto doble, la oscuridad es la única salvación; confesar, lo peor, y en no cediendo en nada, nada se pierde.

MORTIMER. (Con intención.)—Lo mejor sería, pues...

ISABEL. (Con viveza.)—Sin duda sería lo mejor... Mi ángel de la guarda habla en vuestros labios. Proseguid, pues acabadlo, apreciable caballero. Sois formal, llegáis hasta la razón principal en los negocios, y sois muy distinto de vuestro tío...

MORTIMER. (Sorprendido.)—¿Ha revelado V. M. su deseo al caballero...?

ISABEL.—Me arrepiento de haberlo hecho.

MORTIMER.—Disculpad á ese anciano. Los años le han in-

fundido escrúpulos. Esos golpes atrevidos exigen la osadía de la juventud.

ISABEL. (Con viveza.)—¿Puedo yo contar con...?

MORTIMER.—Servirá mi mano á V. M., que cuidará como pueda de su fama...

ISABEL.—Sí, caballero; cuando me despertéis una mañana con la nueva de que «María Estuardo, la encarnizada enemiga de V. M. ha muerto aquella noche...»

MORTIMER.—¿Contad conmigo!

ISABEL.—¿Cuándo podré dormir en paz?

MORTIMER.—En el mes próximo cesarán vuestros temores.

ISABEL.—¡Adiós, señor Mortimer! No os cuidéis de que mi gratitud, para manifestarse, se envuelva en las tinieblas de la noche... El misterio es la deidad de los dichos... Los lazos más estrechos son los tiernos que el secreto aprieta. (Vase.)

ESCENA VI.

MORTIMER, solo.

MORTIMER.—¡Véte, Reina hipócrita y falsa! Como tú engañas al mundo, así yo á tí. Es bueno, es hasta justo venderte. ¿Tengo yo trazas de asesino? ¿Has leído acaso en mi frente la desvergonzada propensión al crimen? Te fías de mi brazo y guardas el tuyo. Ofrece á los demás la piadosa y falsa apariencia de la clemencia. Mientras que tú cuentas con mi ayuda para asesinarla, ganaremos tiempo para librarla.

Quieres ascenderme... con intención me muestras á lo lejos una rica recompensa... y aunque fueses tú misma

y tus favores de mujer ese premio, ¿quién eres tú, desventurada hasta el extremo, y qué puedes tú dar? No me seduce la ambición de una vana gloria. Sólo al lado de ella ofrece encantos la vida... ¡A su derredor, formando alegre coro, vuelan las gracias divinas, y la felicidad que da la juventud! La dicha del cielo reside en su seno, y tú no puedes conceder sino placeres helados. La gala más preciada de la existencia, la de los corazones, que, seductores y seducidos, se abandonan unos á otros en olvido tierno, la verdadera diadema de la mujer, nunca la poseiste, porque tu amor no ha hecho bienaventurado á ningún hombre.—He de aguardar á ese lord para entregarle una carta. ¡Odiosa comisión! No siento en mí cualidad alguna para cortesano. Yo mismo puedo salvarla, yo solo; que el peligro, la gloria y el premio sean para mí solo. (Al salir se encuentra á Paulet.)

ESCENA VII.

MORTIMER Y PAULET.

PAULET.—¿Qué te decía la Reina?

MORTIMER.—¡Nada, señor...! Nada... importante.

PAULET. (Mirándolo severo.)—¡Oye, Mortimer! La tierra, que huellas es resbaladiza y engañosa. Atrae el favor de los Reyes, y la juventud es ambiciosa... ¡Que no te extravíe!

MORTIMER.—¿No habéis sido vos mismo quien me ha llamado á la corte?

PAULET.—Quisiera no haberlo hecho. Nuestra familia no ha ganado sus honores en la corte. ¡Firme, pues, sobrino mío! No compres demasiado caro. No desoigas la voz de la conciencia.

MORTIMER.—¿Qué pensáis? ¿Qué os inquieta?

PAULET.—Por estimadas que sean las grandezas que la Reina te prometa... no te fíes de sus palabras lisonjeras. Cuando la hayas obedecido renegará de tí; querrá mantener su nombre immaculado, y vengará el crimen que ella misma te ha ordenado.

MORTIMER.—¿El crimen decís?

PAULET.—¡Lejos de mí el disimulo! Sé lo que te ha indicado la Reina. Espera que tu juventud ambiciosa será más complaciente que mi ancianidad inflexible. ¿Se lo has prometido? ¿Has tú...?

MORTIMER.—¡Tío!

PAULET.—Si lo has hecho, te maldigo y reniego de ti...

LEICESTER. (Que sobreviene.)—Permitidme, respetable señor, que hable una palabra con vuestro sobrino. La Reina siente en su favor grande inclinación, y desea que se le deje, sin condiciones, la custodia de María Estuardo... Fíase de su honradez...

PAULET.—¿Que se fía?... ¡Bien!

LEICESTER.—¿Qué decís, caballero?

PAULET.—Que la Reina se fía de él, y que yo, milord, me fío de mí, y veo bien con mis ojos abiertos. (Vase.)

ESCENA VIII.

LEICESTER Y MORTIMER.

LEICESTER. (Admirado.)—¿Qué piensa ese caballero?

MORTIMER.—No lo sé... La confianza inesperada que la Reina me dispensa...

LEICESTER. (Mirándolo con intención.)—¿Merecéis, caballero, que se tenga confianza en vos?